

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 222

25 cts

19 MAYO
1929



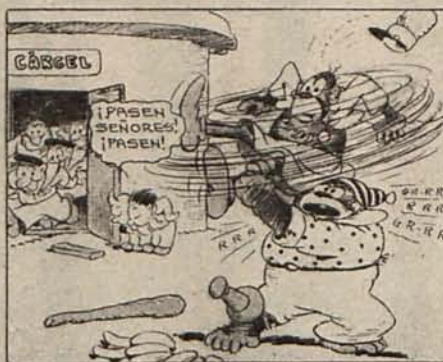
-¿CUANTO VALEN LAS NARANJAS ?
- DOY CUATRO POR TRES PERRAS GRANDES
- CUATRO, TRES PERRAS; TRES, DOS PERRAS; DOS, UNA PERRA, Y UNA, NADA; PUES
DAME UNA NARANJA.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANOLA Y A. M. GABRIELI

(Continuación)

—¡Oh, no! no quiero que me hagas ruborizar.

—Queda por decidir quién se trasladará al Yang-Tse-Kiang en China y al Paraná y el Uruguay en la Argentina.

Si tenéis algún amigo a quien proponer...

—En el Tonkin—dijo D'Alimand— tengo un amigo que se dejaría hacer pedazos por mí.

Cuando sepa de lo que se trata, no vacilará en prestarme su concurso. Podemos contar con él.

—Y ¿quien es?

—Juan Maudiguet, de la *Presse Universelle*. (1)

—Un corazón de oro; le conozco personalmente —afirmó Ralph—. No podríamos encontrar colaborador más a propósito. Yo tengo incluso con él una deuda de gratitud por un señalado servicio que me prestó, y cuando ambos íbamos en pos del ejército japonés en la última guerra contra Rusia. Es un joven de grandes iniciativas y de mucho valor.

—Pero, ahora que pienso en ello, —salté yo— por mi parte, también tengo un buen amigo lejano que no rehusará su ayuda a nuestra obra: Manuel Sobrado, de Buenos Aires...

—Le conozco, —interrumpió James— es el corresponsal de *La Verdad*, de Barcelona.

—En otros tiempos, sí. Ahora escribe para mi periódico. Le he facilitado yo la corresponsalía de *La Notizia*, en la Argentina, y me guarda un agradecimiento ilimitado. Mucho le alegrará poder darme nuevos testimonios de adhesión.

—Entonces ¿estamos completos?

—Completos.

—Resumamos—dijo uno— y suminístrensenos todas las aclaraciones oportunas.

¿En qué datos precisos debemos basarnos para nuestras exploraciones?

—Cuando os encontréis en el punto exacto de intersección del paralelo 28°, 17'...

—Pero no tenemos los instrumentos que hacen falta para determinar ese punto con exactitud; y aunque los tuviéramos, no sabríamos usarlos...

—Eso no es indispensable. Bastará con que cada uno se provea en el sitio de destino de un buen mapa suficientemente amplio y particular, y que en él señaleis el punto del cruce. Trasladaréis la distancia que medie entre el sitio en que os encontréis y el referido punto, a una regla dividida en centímetros, la cual, puesta en relación con la escala incluida en cada mapa, os dará la distancia kilométrica que deberéis recorrer para llegar al cruce. Tendréis que buscar, una vez en él, y aun en sus inmediaciones, un hotelito situado en el centro de las plantaciones de que se hace mención en la carta. Los documentos que nos interesan deben de estar en la caja de caudales que habrá en la pared occidental del despacho. Para haceros reconocer y entrar en posesión de los papeles, procederéis según las circunstancias especiales en que podáis hallaros; yo no puedo ni quiero sugeriros ni aconsejaros nada sobre el particular, conocéis todos vuestro oficio demasiado bien...

—¿Y el nombre del arrepentido moribundo y quizá muerto?

—Todo hace suponer que sea el teniente Larouchy; pero de todos modos, el que fuere habrá cambiado de nombre con seguridad.

—Corriente—repitió Ralph por duodécima vez.— Escribid pues, en el acto al Tonkin y a Buenos Aires. Puedo, incluso llevarme yo la carta a Maudiguet y echarla en Bombay.

Así llegará más pronto. Cuando saldrás tú, Enrique?

—Pasado mañana.

(1)-Prensa Universal.

—Yo dentro de cuatro días, el primero de Septiembre. Acompañaré a James hasta Aden.

—Y yo—agregó Fritz Holtzmann— os acompañaré a los dos hasta Aden también.

—Y yo iré con vosotros tres; —repuse a mi vez— pero tendré que dejaros en Bolonia porque me embarcaré en Nápoles para Alejandría mientras vosotros seguiréis a Suez por la vía de Brindisi.

—¡Bravo! —gritó en tal coyuntura Fritz, levantando su vaso lleno hasta los bordes de cerveza espumosa— ¡Por tu felicidad, Enrique!

El brindis fué cordial; solamente Galiani parecía un poco desilusionado.

—Y ¿qué es lo que yo haré?—me preguntó.

—Bien sabes que en ausencia mía no puedes abandonar París.

Recibirás las noticias de todos y nos las transmitirás sin levantar mano para informarnos del resultado de las investigaciones de cada uno de nosotros.

Tendrás, por tanto, en la empresa papel importantísimo e indispensable.

En cuanto a tí, mi buen D'Alimand, te prohíbo en absoluto separarte de mí hasta el momento de la partida que efectuarás clandestinamente.

Hasta pienso si no sería mejor que te disfraces. No quisiera que se repitiese el incidente de esta noche...

—Hasta pasado mañana seré tu sombra.

—Amigos, son las cinco y media;—anunció al cabo Ralph, quien, como buen inglés, no quería renunciar a su bebida favorita— los compañeros nos esperan para tomar el té en el Café de Madrid.

—Ni una palabra más— exigí yo mientras salíamos.

—Silencio y sagacidad.

—Seremos mudos...

—Como tumbas.

—¡Ah, no!, ni mucho menos.

Hoy hablan hasta las tumbas.

Y si no, veréis cómo hago cantar a la del teniente Larouchy, caso de que ya comenga su cuerpo minado por la tisis.

Nos dirigimos hacia el Bulevar Montmartre.

Era la hora de paseo, y el atravesar la vasta plaza de la Opera se hacía casi imposible, tantos eran los coches y automóviles, los ómnibus y tranvías que en todos sentidos la recorrían.

Y nosotros, en medio de aquella barahunda enorme de vehículos y de personas, nos imaginábamos ya dispersos por once diferentes puntos del globo, y París se nos aparecía más lejano que las once localidades que debíamos visitar.

IV

El frac misterioso

Enrique D'Alimand se embarcó en el Havre con destino a América en la noche del 30 de Agosto.

El príncipe japonés Nojowmaki, corresponsal en París de la imprenta imperial del Nipón, había puesto su automóvil a nuestras órdenes, y así Enrique dejó París disfrazado de automovilista, con la cara medio oculta por un par de tremendos anteojos de mica, esperando de poder partir en esa forma sin ser reconocido, y hacer perder sus huellas a quien tanto interés tenía en dificultar e impedir su viaje.

En el Havre tomó puesto en un vapor del *Norddeutscher Lloyd* que, procedente de Brema, debía seguir directamente a Gálveston.

En la noche del 1.º de Septiembre, Ralph, James, Fritz y yo nos encontrábamos en la sala de espera de la estación de Lyon.

Los dos ingleses, con un largo guardapolvo impermeable y una gorra de paño, no tenían más equipaje que el Kodak y los gemelos colocados en bandolera; y colgando del brazo, llevaba cada uno una amplia sombrilla de seda verde.

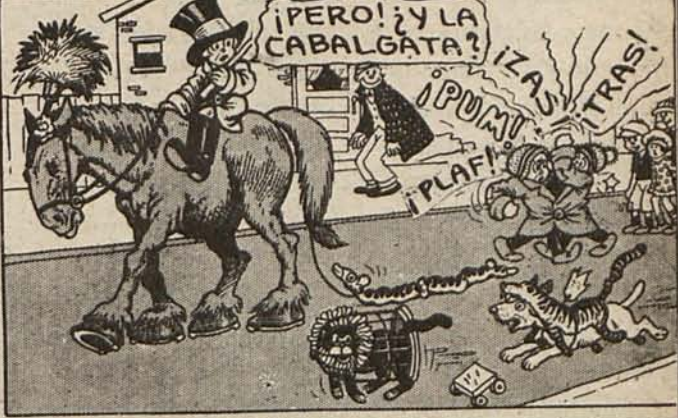
Marchaban a los antípodas y se hubiera creído que iban sólo a las carreras.

Fritz vestía un traje de lana de aquel color verde amarillo tan grato a los alemanes; llevaba altas vendas de lana, grandes zapatones claveteados, pequeño sombrero a la tirolesa.

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA



UN DRAMA EN PERA

(Continuación)

a ella hizo desfilar a todas las damas de la corte ordenándoles recitar en alta voz un versículo del libro religioso de los musulmanes.

Como la niña había afirmado que se acordaría de la voz de aquella señora por aquel medio sería fácil descubrirla.

Comenzó el desfile.

Todas las mujeres de los más altos funcionarios, jefes militares, y gobernadores pasaron junto a la tienda recitando un versículo en alta voz.

Habían pasado ya unas cuarenta cuando la niña comenzó a gritar:

—¡Esa es la voz de aquella dama que encargó a mi padre que quemase el palacio!

—¿Estás segura de que no te engañas?—dijo el Kan.

—No, Príncipe, y además la reconocería puesto que la ví muy bien, mientras entregaba a mi padre las bolsas de dinero y las alhajas.

Dos guardias a una señal del Kan se lanzaron tras la tienda y sujetaron a la dama que aun no había terminado de recitar sus sagrados versos: la llevaron ante el Príncipe y le alzaron el largo velo negro que ocultaba sus facciones.

Un grito de doloroso estupor se escapó de la boca de todos los ministros al reconocer en aquella dama a la madre del Kan.

—¿La reconoces? —dijo el Príncipe a la niña.

—Sí, esa señora es la misma que dió el dinero a mi padre.

—¡Madre! —dijo el Príncipe— defiéndete de las graves acusaciones de esta niña.

La Princesa quedó muda: parecía petrificada de espanto.

—¡Defiéndete madre! —dijo el Kan sofocando su propio dolor.

—Es inútil que niegue. —dijo al fin la Princesa.

—Sina había conquistado todo tú corazón, y yo temía que ya no podrías amar más a tu madre.

El amor maternal me ha cegado: perdóname.

—La justicia debe seguir su curso. —respondió el Kan, intentando ocultar las lágrimas que le velaban los ojos. —rey o príncipe, noble o plebeyo, todos de bemos ser iguales ante la justicia.

Que se retiren mis ministros a deliberar y a pronunciar sentencia.

Los jueces del Reino, aunque estaban profundamente emocionados, se retiraron a deliberar a una sala contigua.

La vieja Princesa en tanto se arrodilló ante su hijo, tratando de conmooverlo con lágrimas y gemidos, pero Midah fingía no verla ni oirla.

Media hora después los jueces entraban y su presidente, después de haber puesto la mano sobre el Coran, libro sagrado de los musulmanes y los persas, dijo con voz solemne.

—La muerte merece la muerte: quien aconseja el delito merece un duro castigo.

Nos, consejeros y jueces del Reino, decretamos que se decapite a los cuatros nobles que han matado





a la prometida de nuestro Soberano y condenamos a la Princesa, bajo nuestra conciencia, a que se le corte la mano derecha.

¡Qué Allah los perdone!

—¡Cúmplase la justicia! — respondió el *Kan* sustrayéndose a los brazos de su madre deshecha en llanto.

Al despuntar el día siguiente la plaza de Méridan, la más amplia de la ciudad estaba repleta de personas.

Toda la población acudió para asistir al suplicio de los asesinos de Sina.

De una parte compadecían a la anciana princesa y por otra admiraban la inflexibilidad de su Príncipe en la administración de justicia.

Apenas salido el sol, comenzaron a salir del palacio los guardias precedidos de los magistrados del Reino y el *Kan*.

Seguían los cuatro hermanos fuertemente encadenados, después la vieja Princesa envuelta en un velo negro.

Sobre un palco altísimo se preparó un tajo y a su lado se colocó el verdugo empuñando una pesada cimitarra afiladísima.

Los cuatros nobles uno a uno subieron al cadalso y sus cabezas rodaron en el cesto.

Tocaba su vez a la Princesa.

Una angustia indescriptible reinaba en todos los ánimos.

Se hubiera oído el vuelo mismo de una mosca.

El Presidente del tribunal subió al palco y gritó:

—Miraz Aran, Princesa del Reino, es condenada a que se le corte la mano derecha.

Verdugo, cumple tu deber, como manda la ley.

Al pronunciarse el nombre de la madre del *Kan*, surgió un grito de horror de todas las bocas y todas las miradas se volvieron hacia la infeliz señora.

En aquel momento se vió que el *Kan* saltó sobre el patíbulo gritando:

—Madre mía: yo satisfaré la deuda que has contraído con la justicia.

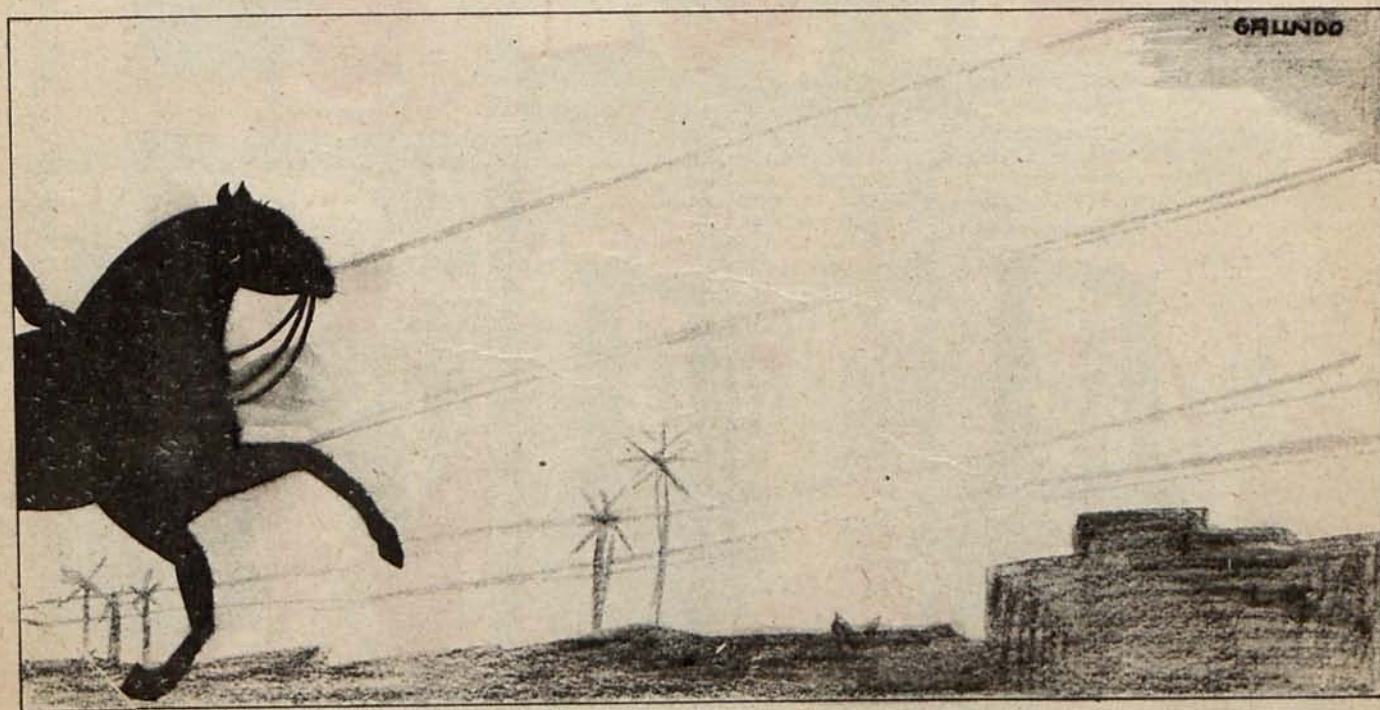
Que mi sacrificio pueda mostrarte que mi poderío no ha debilitado mi respeto y mi ternura de hijo.

Y apoyando la diestra en el tajo, con su propia cimitarra, se cortó la mano derecha.

Después, volvió a montar a caballo y abandonó la plaza al galope desenfrenado, agitando al aire el muñón de su brazo sangriento.

Dos días después el pobre Príncipe fué hallado muerto sobre la tumba que mandó erigir en memoria de la pobre Sina.

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



PREPARAME EL MARTILLO, LA SIERRA Y LOS CLAVOS QUE VOY A HACERTE UN RETRATO AL ÒLEO



¡QUÈ GANAS TIENE DE GASTARSE LOS SESOS! ¡SE VA USTED A HACER VIEJO EN CUATRO DIAS!

PARA VIVIR HAY QUE TRABAJAR, CURRINCHE. A MI, DAME PAN Y DIME TONTO.



LO PEOR ES QUE LE DICEN A USTED TONTO Y NO LE DAN PAN

OYE, NIÑO; ¿QUÈ FALTA DE RESPETO ES ESA? A VER SI TE DOY UN DIRECTO Y TE ACHICHONO LA PROTUBERANCIA NASAL



¡RABANITOS! ¡QUÈ GENIO TIENE USTED HOY!

NADA DE RABANITOS. HOY ESTÁS CASTIGADO Y NO VAS A HACER MÁS QUE LO QUE YO TE MANDE



AHORA TE COLOCO EL MARCO DELANTE Y VA A RESULTAR UN RETRATO AL ÒLEO ESTUPENDO. A VER SI TE ESTÁS QUIETECITO O TE SALTO UN OJO



ESTÁS PARECÍDÍSIMO, CURRINCHE. NO TE MUEVAS QUE VOY A BUSCAR A LOS SEÑORES DEL JURADO PARA QUE ME DEN EL PRIMER PREMIO



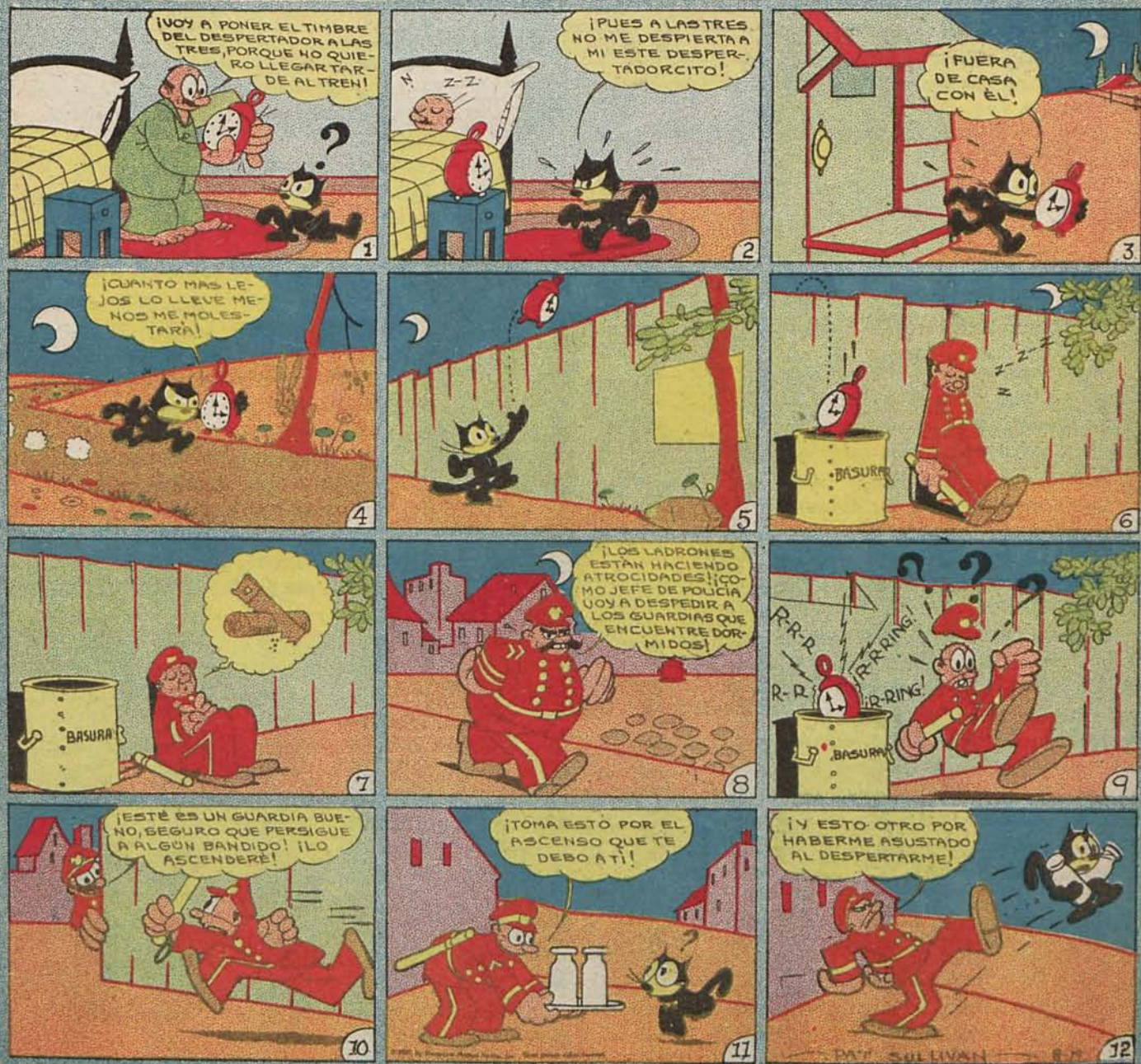
YO VOY A COMPRARME UN BOCADILLO PORQUE TENGO UN HAMBRE QUE NO VEO. ENTRE TANTO, DEJARÉ AQUÍ LA ESCOBA Y EL GORRO POR SI VIENE DON TURU.



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL COLLAR DE PERLAS



N un país rico y próspero había un Rey y una Reina que tenían una hija llamada Isabel, a quien amaban con locura, y que era extremadamente hermosa. Su alma no respondía a las perfecciones del cuerpo, pues Isabel se había mostrado desde niña perversa y voluntariosa; y, a pesar de su hermosura, la aborrecían todos.

El Rey y la Reina habían dado a la Princesa como camarrera a su prima Adela.

Su obligación consistía en dar gusto a Isabel en todos sus caprichos, so pena de verse abofeteada por aquella irascible joven.

La pobre Adela se lamentaba muchas veces en silencio de la conducta de Isabel, y sobre todo de la triste condición en que vivía cerca de ella.

El mal carácter de la princesa Isabel llegó a ser conocido de todo el reino. Era el desconsuelo de la Reina tan grande, que fué arrebatada por una enfermedad misteriosa.

Circuló entonces el rumor de que Arminda, el hada protectora de aquel país la había robado para castigarla por haber educado con tanto descuido a la heredera del trono.

Un día en que Adela había dado cuanto poseía a una desventurada familia vió llegar a una viejecita enteramente encorvada, que caminaba con trabajo, apoyada en su cayado, y le tendía su mano suplicante, implorando un socorro. Quitóse su collar de perlas, y en un sublime arranque de caridad se lo arrojó a la pobre mendiga. Isabel llegó en aquel momento, deseosa de impedir tan noble acción, y, no habiendo podido conseguirlo, vació una jarra de agua sobre la cabeza de la vieja.

—Toma también esto para refrescarte, vieja carcomida— dijo la Princesa.

Estas palabras fueron seguidas de una carcajada, digno remate de aquel rasgo de crueldad. Pero pronto la maligna alegría de Isabel dejó paso al terror más profundo, cuando vió enderezarse a la encorvada vieja, mirarla con ojos centelleantes y decirle:

—¿Ves este collar, que hubieras querido quitarme? Pues bien; yo te obligaré a ganar cada una de sus perlas por un acto de docilidad; no volverás a ser Princesa hasta que seas humilde y generosa.

Dichas estas palabras, el palo que tenía levantado se alargó de repente y llegó a tocar la frente de Isabel. Adela se puso a interceder por su prima, pero ya era tarde; la vara, su prima y el hada desaparecieron.

Dijo el hada, cuando llegaron a la cueva donde vivía:

—Princesa: os hago mi criada; aplicaos al trabajo; a mediodía volveré por aquí, y, si habéis sido laboriosa, comemos juntas.

Lejos de prestar obediencia a las órdenes del hada, Isabel se encolerizó, arrancó el lino de su rueca, rompió su huso y arrojó los pedazos contra las gallinas.

Cuando Arminda volvió y vió aquel desorden, dijo:

—Traedme leña al momento.

La Princesa alzó su cabeza con orgullo; luego se lanzó sobre la vieja gritando:

—¡Yo! ¡Yo! ¡La hija de un Monarca!

Pero, en el punto mismo en que levantaba su mano sobre la cabeza del hada, sintió en sus piernas un golpe violento y cayó de rodillas, vencida por el dolor. Encendió el fuego y tuvo que ayudar a la vieja en su oficio de cocinera. Arminda se sentó sola a la mesa y le mandó que la sirviese.

Isabel cogió un plato y lo lanzó contra la vieja; pero el plato se detuvo en el aire y vino a ponerse delante de Arminda; al mismo tiempo, la Princesa recibió en las yemas de los dedos una paliza de la vara encantada, lo cual la hizo que siguiese obediente durante el resto de la comida.

Al día siguiente rompió la rueca y no quiso hacer nada de cuanto le había mandado el hada.

Llegada la hora de comer, trató de sentarse enfrente de Arminda; pero la vieja, enseñándole el montón de patatas, le dijo:

—Una perezosa como vos debe considerarse aun dichosa teniendo esa comida.

Isabel, en el colmo de la desesperación, corrió a su cama;





ésta no se componía más que de un saco de paja. Cuando el día apenas despuntaba, Arminda ordenó a la Princesa que barriese el establo y el corral. La Princesa prestó obediencia a Arminda todo aquel día. El trabajo, sin embargo, fatigándole el cuerpo, proporcionó alguna distracción a su alma. En la noche de este día, el cansancio de sus fuerzas le proporcionó un sueño profundo: despertóse al rayar la aurora y se vistió; sorprendida de la presteza con que podía hacerlo sin auxilio de nadie, principió en seguida su tarea, y, cuando la gana de comer se hizo sentir en su estómago, cogió un pedazo de pan. También el agua que fué a beber a orillas del lago le pareció mucho mejor que la primera vez.

Llegó la hora de comer; la Princesa hilaba con los ojos bajos, abismada en tristes reflexiones, cuando una voz dulce la sorprendió, llamándola: «Hija mía». Era la voz de Arminda.

—Hija mía—repitió Arminda;—ven conmigo, y puesto que hemos ganado nuestra comida, preparémosla y comamos juntas.

La Princesa tenía el corazón tan oprimido, a pesar del aire tan amistoso que había tomado la vieja y del olor excelente del asado que le ofrecía, que apenas pudo tomar algunos bocados. Los días siguientes se pasaron poco más o menos del mismo modo, porque Arminda, al verla en el buen camino, la dejó a sus anchas. Entrególe una perla del collar de su prima, que la pobre Princesa recibió con los ojos arrasados en lágrimas. Poco a poco tomó afición a sus diferentes tareas. Complaciase en ver germinar y despuutar las semillas sembradas por su mano.

Una mañana encontró cortada por un topo una de sus plantas favoritas. Mostróse tan apesadumbrada, que Arminda tuvo que consolarla.

—Si te ha estropeado tus plantas—le dijo,—lo ha hecho buscando qué comer. ¡Cuánto más criminal encontrarías tú

que un ser dotado de corazón, y sin necesidad, viniese a destruir tu trabajo!

Isabel comprendió la alusión y principió a llorar amargamente, pues todas sus malas acciones le asaltaban el alma.

Arminda parecía diferente persona; sus modales cautivaban a Isabel y la atraían hacia el hada. Así, a medida que Isabel iba reconociendo sus defectos y desprendiéndose de su

viciada natutaleza, se unía más y más al hada. Ya la princesa había ganado la mitad del collar de perlas.

—Ven, hija mía, descalzate esas almadreñas, desnúdате esa ropa remendada, entra en este baño. He aquí libros, lápices, música.

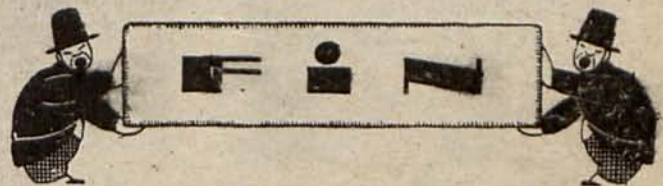
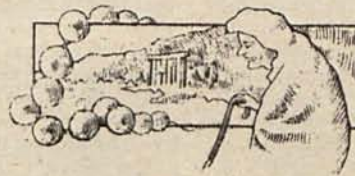
Principió en seguida una nueva vida, pero sin abandonar totalmente la antigua. Los menesteres de la casa se encontraban hechos como por ensalmo. Vigilaba y cuidaba de todo. La última perla cayó en el delantal de Isabel, y un grito de ¡ay, hija de mi alma!, pronunciado por una voz que no podía olvidar, la hizo levantar la cabeza. ¡Oh

qué inefable dicha! En el lugar que ocupaba Arminda estaba su querida madre. Era ella, con su mismo porte majestuoso, con toda su hermosura, con su traje de Reina, llena de vida, respirando salud, aquella salud y frescura con que ella la había conocido en los primeros días de la infancia.

Su madre la tendía sus brazos; la llamaba ¡amor mío!, ¡corazón mío! y ¡alma mía! Lágrimas de ternura y de contento se deslizaban por sus mejillas. Isabel, sobrecogida, transportada, encantada como ante una aparición divina, permaneció arrodillada, con los ojos desmesuradamente abiertos, próxima a desmayarse de alegría y de asombro, temiendo que sólo fuera una ilusión cuanto veía. Pero los cariñosos besos de su madre la reanimaron y fortalecieron en seguida.

La Reina le contó que el hada la había arrebatado viva, después que la había prometido traerle a su hija, a condición de que repararía el mal que con la debilidad de su maternal cariño había causado, resignándose a dejar sufrir a Isabel los castigos y pruebas que ella juzgara necesarios.

Al llegar a Palacio, Isabel abrazó a su padre y a su prima Adela. La alegría de todos fué inmensa, al ver a las dos primas tan buenas, hermosas, dulces y tan compasivas la una como la otra.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón ¿de qué quieres que hablemos hoy?

De lo que tú quieras. Tienes libertad absoluta para hablarme de lo que te apetezca.

—Eres muy comodón, amigo Chononcito. Te gusta que te lo den todo hecho y eso a mí no me gusta. Quiero que además de curioso, listo y culto, seas diligente.

—¿Pero es que tú tomas en serio mi pereza, querido buho? Pues estás perfectamente equivocado. ¿Quieres que yo discurra el tema de nuestra charla? Pues ahí va. Hoy vas a decirme cómo se fabrica la cuerda. ¿Ves? Ya tienes cuerda para hablar.

—Ya me figuraba yo que un muchacho tan activo e inteligente como tú, no podía dejarse dominar por un vicio tan reprochable como la pereza. Vamos, pues, a hablar del tema que has escogido. La cuerda.

Empieza diciéndome de dónde se saca la cuerda... Conste, en honor a mi cultura, que yo sé que procede de los vegetales.

—Exacto. La cuerda se obtiene de ciertas plantas que por lo visto tú no sabes cuáles son.

—Desde luego, no lo sé. Pero muy pronto lo voy a saber.

—En casa tenemos semillas de esa planta. A mí, como a todos los buhos, nos gustan mucho, y más de una vez me has traído un cucurucho de ellas para obsequiarme.

—Ya sé qué semillas son. Los cañamones.

—Los mismos. De esa semilla, plantada convenientemente en terreno húmedo, brotaría la planta del cañamo, que es una de las materias de que se obtiene la cuerda.

—¿Dices una de las materias? Entonces es que hay otras plantas que también se aprovechan para hacer cuerda.

—Claro que sí; de la simiente del nabo, de la del alpiste, de la de la mostaza y de la de otras muchas variedades de plantas salen unas fibras que son las que se aprovechan para la fabricación de la cuerda. Según el destino que haya de darse a la cuerda así ha de ser también su procedencia. Las cuerdas finas, que se utilizan sobre todo para hacer funcionar algunas máquinas, se hacen de algodón. Las cuerdas de resistencia se hacen con fibra de "abacá" o cañamo de Filipinas. Las que han de pesar poco y no han de pudrirse por efecto de la humedad se fabrican con la fibra de la corteza del coco.

—¿Con esa especie de cabellera que tienen los cocos por fuera?

—Con esa misma enmarañada y basta peluca. La producción del cañamo en Filipinas y principalmente en Manila constituye una industria de las más florecientes y productivas. Puede calcularse en más de veinticinco millones de pesos oro la cifra que representa el importe del cañamo vendido anualmente. En Méjico es también esta industria de importancia extraordinaria.

—¿Es difícil fabricar una cuerda?

—No tiene nada de difícil, amigo Chonón. Tú mismo, sin más auxilio ni más instrumento que tus propias manos podrías hacerte un cordel con el que podrías muy bien atar un paquete o sujetar una cosa.

—Claro que lo que necesitaría primeramente sería disponer de cañamo o de otra primera materia con la que pudiese elaborar el cordel.

—Hombre, eso es natural. Yo te supongo en posesión de cañamo ya preparado, y con este elemento puedes, como te he dicho, fabricarte tú mismo una cuerda de la longitud y espesor que te apetezca. Todo es cuestión de paciencia y un poquito de maña.

—¿Nada más que esto?

—Nada más. ¿No ves que todo se reduce a retorcer las fibras del cañamo de forma que queden sujetas entre sí y no puedan deshilacharse por sí solas? Para

esto basta con ir tomando pequeñas porciones de cañamo retorciéndolas entre las dos palmas de las manos humedeciéndolas ligeramente para que la adherencia entre las fibras sea mayor y estirándolas convenientemente para hacerlas más resistentes. Cada fibra de por sí tiene escasa resistencia, pero reunidas muchas fibras y retorcidas unas con otras, adquieren en conjunto una resistencia extraordinaria.

—Me estás haciendo recordar un número de circo que vi hace poco.

—¿Pero tiene alguna relación con esto de la resistencia del cañamo?

—Yo creo que muchísima. Por eso precisamente me lo has hecho recordar. Era un chino que tenía, como muchos chinos, una larguísima trenza de pelo. De ella se colgaron una mujer y un niño y el chino empezó a dar vueltas tan rápidamente que acabó por hacerlos girar en el aire suspendidos de su coleta. Yo creo que hay gran semejanza entre esta resistencia del pelo y la del cañamo ¿no te parece, mi sabio buho?

—Has comparado perfectamente. Ni un pelo, ni una fibra, tienen fuerza suficiente para resistir un peso pequeño y sin embargo una trenza de unas fibras o de otras resisten pesos enormes. Pero quiero que tengas en cuenta que la resistencia de estas fibras no es la misma estando sueltas, aunque se hallen en conjunto, que estando trenzadas o retorcidas.

—No te entiendo bien.

—Por ejemplo: la resistencia de las cerdas que tiene un caballo en la cola, es mucho mayor si con ellas se hace una trenza, que si se las deja tal como ellas están. Si el chino del circo hubiera tenido el pelo de la coleta sin trenzar, seguramente que no hubiera podido sostener el peso que sostuvo. Pues eso mismo le sucede al cañamo. Ya habrás visto que una cuerda no es ni más ni menos que un manojo de fibras retorcidas.

—¿Y a todo eso se reduce la fabricación de cuerda?

—A todo eso. Pero no creas que es lo mismo hacer un cordel, como el que tú podrías fabricar con tus manos, que hacer una cuerda de las que se venden en el comercio. La fabricación de una cuerda requiere una serie de operaciones delicadas que realizan unas maravillosas maquinarias. Lo primero que se hace con el cañamo o abacá de Manila, es descortezar los peciños, cortarlos en tiras de cinco a siete centímetros de ancho y rasparles toda la parte carnosa hasta que sólo quede la fibra. Luego se lava, se deja secar al sol, y ya está en disposición de utilizarse para entrar en las máquinas que fabrican la cuerda. La primera máquina en que entra el cañamo se llama despleadora, y tiene por objeto estirarlo y prensarlo al mismo tiempo, con lo cual queda muy manuable; después pasa a las máquinas peinadoras y alargadoras quedando ya en disposición de hilarse. Al pasar por estas máquinas ha quedado separada de las hebras más finas, la parte más basta que se llama estopa. Antes de hilarse se devana el cañamo en grandes carretes que son los que se envían a las fábricas de cordelería.

—Entonces no hemos llegado aún a la fabricación de la cuerda.

—Hasta ahora no, pero esta fabricación, a pesar de la enorme complicación del mecanismo de sus máquinas, tiene por base el primitivo principio de retorcer las fibras del cañamo, dándole mecánicamente el espesor, resistencia, longitud y presentación que se desee. Y nada más, querido Chonón.

—¿Nada más quieres decirme?

—Quisiera decirte muchas más cosas, pero mira el reloj y verás qué hora es.

—Tienes razón. Ya no queda tiempo para más. Se te acabó la cuerda.

—Ya ves, no quedaba más que un segundo y tú lo has aprovechado para colocarme un chistecito.

—Adios, Chonón

—Adios, buho.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



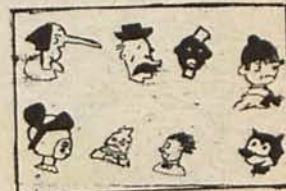
Pequeña Jack Dandy
Charso Gross, 9 años



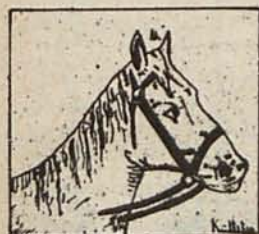
Antonio Barbero por
Santiago Gallego



Mi hermana va
al colegio
Julio Benito



Mis mejores amigos
Luis Morcillo, 10 años



Caballo.—K. Hitin



Chapete
Rafael Raya



La simpática Pírua
Esperanza Navarro, 11 años



El niño de mi cartero
Ricardo Rodríguez



El pequeño Ton
J. Ruiz



Cañamón
Leopoldo Guerrero, 9 años



Miraguano
J. del Castillo



Pinocho se hace brujo
Tomás de Ibarra



Pinocho boxeador
Ramón Jaraquemada



El Conde Zeppelin
Angel Pulín



Un pase de Barrera
Rafael Llevata



Paísa, yo estar amigo
Luis Vidal Ribas



Mister Plan en el Sahara
Cecilia Revilla



Un Cow-Boy
Leopoldo Guerrero, 9 años



Un caballero
Inés Jaraquemada
13 años



Lolita
T. García

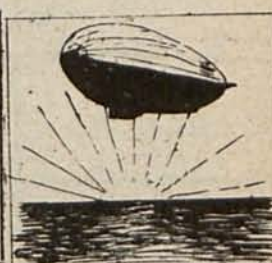


EL REY SANSEACABÓ
es uno de los 8 tomos publica-
dos en la preciosa Serie Bar-
bílón de Cuentos de Calleja
en colores.

Precio UNA peseta.



Un árabe
Luis Morcillo, 10 años



El Conde Zeppelin sobre el Atlántico
Eduardo Rodríguez



La niña de mi portera
Maria L. de Larra, 11 años



Don Turu está mareado



En tiempos de Maricastaña
Inés Jaraquemada

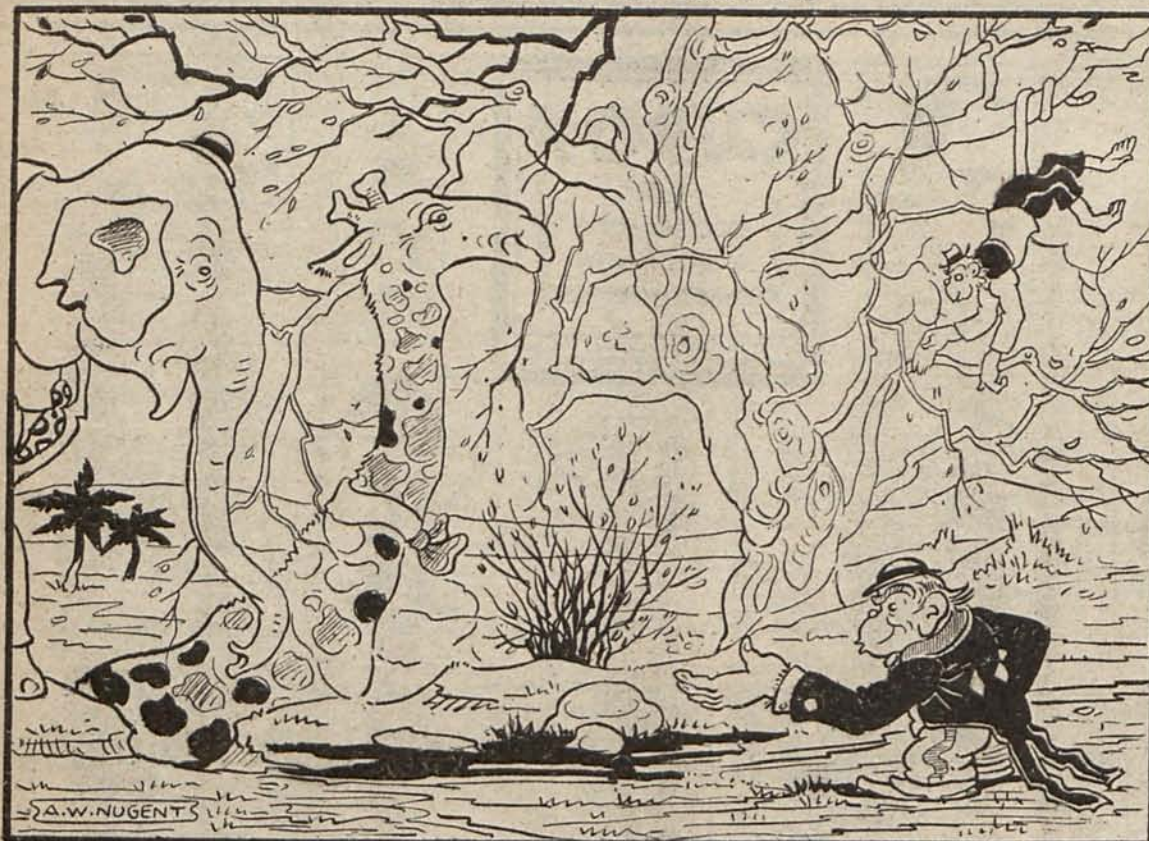


Esquimal
R. J., 10 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

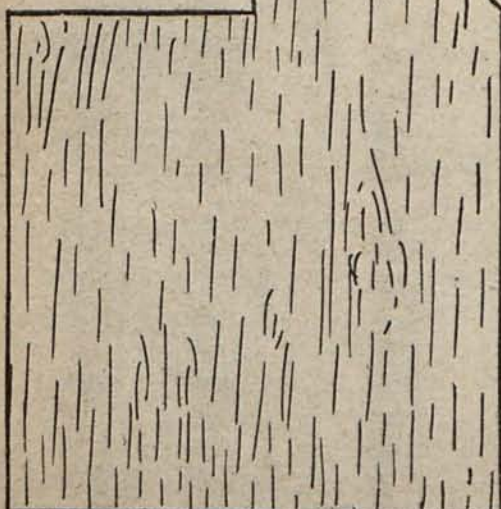
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ELEFANTE Y LA TORTUGA



Un bizarro elefante y una elegante tortuga están gastando una broma a estos otros animalitos que véis en el dibujo. Figuraos si será graciosa que están escondidos delante de sus narices y ellos no les ven. ¿Podríais averiguar vosotros dónde se encuentran?

EL TABLÓN DE SIRACUSA



Había en Siracusa un mercader que tenía un tablón de la misma forma que podéis ver en el adjunto dibujo. Pero un día... ¡Ah! ¡Un día...! Nuestro mercader sintió necesidad de tener un cuadrado perfecto y como era muy decidido le dió tres cortes al tablón y combinando los pedazos restantes formó un cuadrado perfecto. ¿Podíais vosotros imitar al dicho mercader?

DIBUJO CON ERRORES



Nueve errores hay en este dibujo. ¿Cuáles son?

¡He ahí el misterio!

ANITA BUEN- CORAZON



¡VOY A CORTAR UN POCO DE LEÑA PORQUE SE ESTÁ APAGANDO EL FUEGO Y NO HAY QUIEN LA CORTE!

¡EL HACHA ESTÁ AFILADA Y AUNQUE YO ENTENDO POCO DE ESTO, CREO QUE LA CORTARE BIEN!

¡AHORA NADA MAS QUE TENER CUIDADO PARA QUE NO SE ME ESCAPE EL HACHA DE LAS MANOS!

¡A LA UNA!
¡A LAS DOS!
¡A LAS TRES!

¡CARAMBA, PUES NO ES ESTOTAN DIFICIL COMO PARECE PORQUE HE CORTADO EL LEÑO PERFECTAMENTE EN DOS TROZOS IGUALES!

¡ESTOS DOS TROZOS LOS DIVIDIRE EN OTROS MAS PEQUEÑOS A FIN DE QUE QUEPAN EN LA ESTUFA!

¡A LA UNA!
¡A LAS DOS!
¡A LAS TRES!

¡OYE PELUCHO! ¿QUÉ HA SIDO DEL LEÑO?

¡PLAF!

¡AY!

¡ES SUERTE QUE TENGAMOS EL PELO ENCIMA DE LA CABEZA PORQUE SI NO EN ESTA OCASION.....!

¡MIRA PELUCHO, SE ACABO POR HOY DE PARTIR LEÑA, QUE BASTANTE CARA NOS HA SALIDO ESTA POCA QUE LLEVAMOS!

Sección Pirula



CHARLAS DE
PIRULA..Bordadora

Un motivo de labor
para «peques»

Tengo Pirulindas de
todas las edades.

Bueno, no quiero exagerar; de más de ochenta años, es posible que tenga pocas, y de menos de tres meses, es probable que no tenga ninguna.

Pero lo que sí os puedo afirmar es que hay Pirulindas que ya son mamás y siguen siendo lectoras mías.

Y las hay que aún dicen «no cabo», y «se ha morido», y ya se leen mi «Sección» de cabo a rabo.

Pues bien, entre estas últimas, una de las más diminutas es seguramente Chichí, así llamada por ella misma, porque cuando aún usaba la media lengua (y de esto no hace mucho, por supuesto) se oía llamar «Charito» y traducía este nombre por «Chichí».

Esta remonísima Chichí tiene cinco años y medio (lo del «medio» es una medida de edad que suele gustarles mucho a las nenas... y también a los borriquitos) y ya sabe leer.

Para todo el mundo, Chichí es pequeña, pequenita; pero, para mí es muy grande, puesto que es una gran amiga mía.

Me he enterado con gran dolor que Chichí está algo resentida conmigo.

Mis cuentos la gustan; ella los deletrea, se los explican y los comprende.

Mis recetas de cocina también la satisfacen: ella las deletrea, luego su mamá o la cocinera realiza los guisos y ella se los come.

Pero lo que es mis labores, esas la traen a mal traer.

No le basta con deletrear las explicaciones; no le basta con que su mamá o su hermana mayor reproduzcan luego los motivos de bordado en sus delantales, sus vestidillos y sus baberos.

Ella también quisiera bordar, y eso ¡ay! hasta ahora no ha podido ser.

Aun cuando mis labores suelen ser sencillísimas de ejecutar, la que más y la que menos rebasa sus capacidades.

Por más que se esfuerce Chichí, «no llega», como no llega a alcanzar todavía los botones de la luz o los picaportes de las puertas, por más que se ponga de puntillas.

Sus quejas han llegado hasta mí y se han afligido tanto que he resuelto remediar la imperdonable laguna que había en mi «Sección».

—Siquiera sea por una vez, tengo que presentar un motivo de bordado que puedan realizar todas mis Pirulindas, hasta las que no sepan bordar, hasta las más pequenitas, todas..hasta Chichí.

El que hoy os presento, creo que supera a todos los anteriores en facilidad de ejecución; los deditos minúsculos de Chichí y de sus similares, lo

realizarán seguramente sin dificultad, y sin más signos exteriores de preocupación que el de sacar la lengua como sucede cuando se es una «peque» y se lleva a cabo alguna tarea trascendental, cual, por ejemplo, trazar una plana de palotes que no estén «borrachos» en demasía.

Este motivo de bordado es el de unas florecillas silvestres con su tallo, sus hojas y todo.

Cada motivo se compone exactamente de diez puntadas; como es indispensable para su regularidad, contar los hilos y esto, aun en gruesa etamine de algodón, pudiera resultar un poquito molesto, lo más práctico es utilizar el socorrido cañamazo, cuyos hilos se quitan fácilmente, una vez terminada la labor.

Por cada una de las puntadas de las florecillas, se cogen dos agujeros de cañamazo; otras dos para cada hoja; el tallo se compone de una puntada de tres agujeros y de otra de dos.

Es tan sencillo el motivo que a lo mejor al verlo así en el papel os resulta algo soso.

¡Sí! ¡sí! ¡soso!; es que todavía no hemos hablado de la «sal» que tiene y que es mucha.

Consiste primeramente en la calidad del hilo que empleemos y que será de lana, de algodón o de seda, según sea la tela y el estilo de la prenda que adornemos.

Si se trata de un delantal de vuelo, de un sobre para servilleta, o camisón de *toile* de hilo, o de un babero, lo más indicado es utilizar algodón *perlé*, en el primer caso, y algodón de bordar en los otros.

Si el delantal es de balleta, utilizaremos lana.

Y si la prenda es un vestidito veraniego, haremos el bordado en seda.

Pero la verdadera «sal» de nuestro bordado consiste en el color.

Porque habéis de saber que estas florecillas no deben ser todas de un mismo tono, como no lo son tampoco todas en los campos.

Pueden hacerse en toda la gama de matices de un color, o en colores distintos, con lo cual el conjunto ofrecerá un aspecto un poco ruso o balcánico.

En cambio, los tallos y las hojas serán uniformemente oscuros, en negro, verde sombrío, azul marino o café.

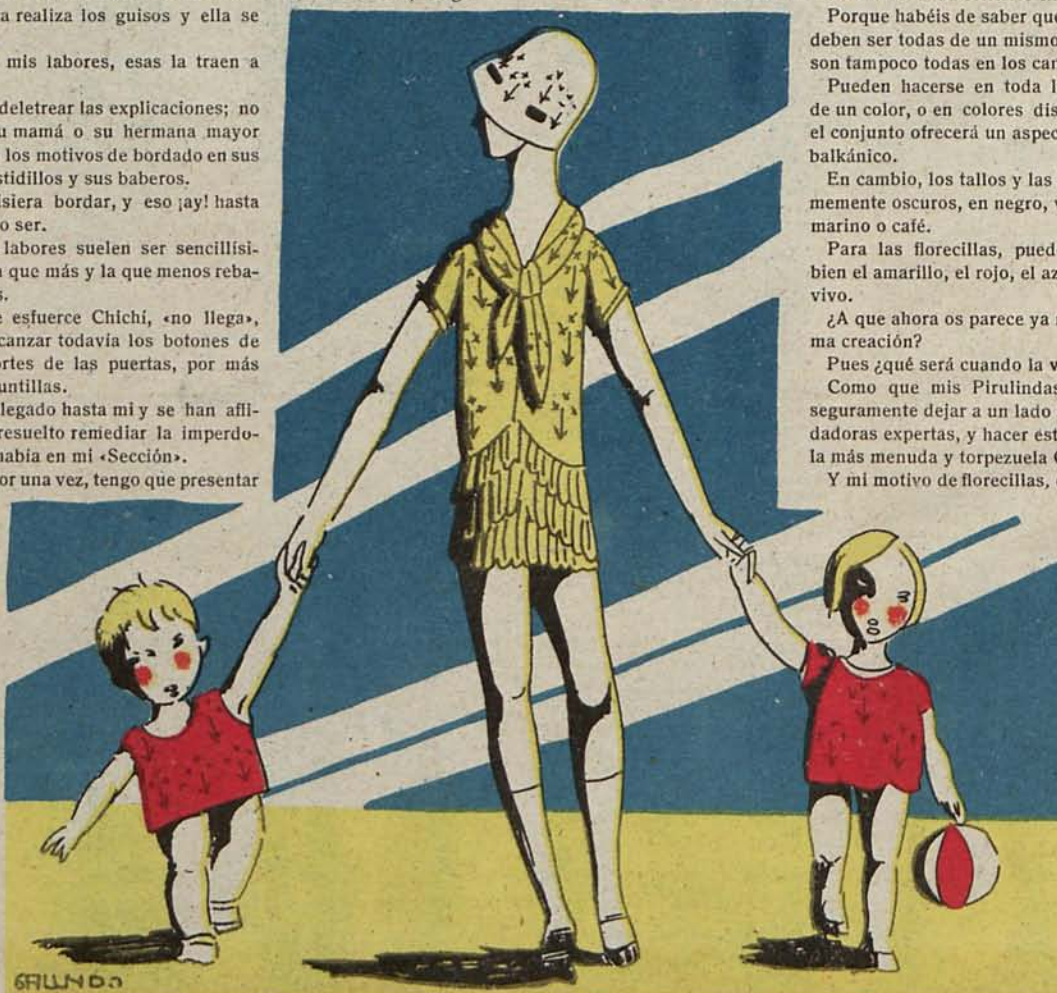
Para las florecillas, pueden mezclarse muy bien el amarillo, el rojo, el azul fuerte, el verde vivo.

¿A que ahora os parece ya menos sosa mi última creación?

Pues ¿qué será cuando la veáis realizada?

Como que mis Pirulindas mayores querrán seguramente dejar a un lado su dignidad de bordadoras expertas, y hacer esta labor accesible a la más menuda y torpezuela Chichí.

Y mi motivo de florecillas, en diez puntadas de cañamazo, se pavoneará sobre lindos vestidos de este verano, y en cuellos de fantasía y hasta en sombreros llevados por señoritas respetables de diez y hasta de doce años.



GRUNDO